

El mundo como lugar de revelación. Una aproximación ignaciana

José García de Castro, S.I.
Profesor de Teología Espiritual
Facultad de Teología de la Universidad de Comillas

En el *Catecismo de la Iglesia Católica* leemos:

(2660) «Orar en los acontecimientos de cada día y de cada instante es uno de los secretos del Reino revelados a los "pequeños", a los servidores de Cristo, a los pobres de las bienaventuranzas. Es justo y bueno orar para que la venida del Reino de justicia y de paz influya en la marcha de la historia, pero también es importante amasar con la oración las humildes situaciones cotidianas. Todas las formas de oración pueden ser esa levadura con la que el Señor compara el Reino» (Lc 13, 20-21).

La aportación de la espiritualidad ignaciana desplegada en la historia a partir del carisma entregado por el Espíritu a Ignacio de Loyola (Loyola 1491 – Roma 1556) y su primer grupo de compañeros (París 1528-1535) puede ayudar a la comunidad eclesial a descubrir y practicar métodos de aproximación al Misterio de Dios que puedan favorecer en el creyente una actitud contemplativa ante el acontecer cotidiano de cada día. Es por esto que estas páginas intentan ofrecer un marco espiritual místico desde el cual poder adentrarse en los «secretos del Reino» presentes en los acontecimientos de cada día y de cada instante, como nos invita el citado *Catecismo*.

1. La aproximación ignaciana. El contexto

Es opinión aceptada entre los críticos literarios del siglo XVI que Ignacio de Loyola no fue un escritor brillante. Ciertamente, desde que poco a poco he tenido que ir leyendo y familiarizándome con este gran hombre del Renacimiento a través de sus escritos, esta opinión se ve fácilmente confirmada. Sus cartas, su *Diario espiritual*, el libro de los *Ejercicios*, sus escritos de carácter jurídico como las *Constituciones de la Compañía de Jesús* o las *Actas* conservadas de las llamadas *Deliberaciones* de los primeros años



de la Orden no son realmente textos atractivos para realizar con gusto un rato de lectura espiritual. Además, Ignacio tuvo la «mala suerte» de ser contemporáneo de autoras y autores religiosos tan brillantes literaria y teológicamente como Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Luis de Granada o fray Luis de León.

Ahora bien, aparecen a veces, como escondidas entre líneas y párrafos de sus áridas páginas, algunas frases que a modo de sentencia y con cierto sabor sapiencial nos sorprenden por su lucidez retórica y por su profundidad mística: «El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» (*Ej 23*)¹ o, hablando sobre «cómo se conservará y aumentará la Compañía de Jesús en su buen ser comenta Ignacio «es menester en *Él solo poner la esperanza*» (*Co 812*), que sirvió de título y de inspiración al P. Arrupe para un maravilloso libro sobre su experiencia personal de Dios. Otra de las máximas ya conocidas es «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío» que abre los ejercicios (*Ej 23*) o las palabras que los cierran «dadme vuestro amor y gracia que esto me basta», que cierra el primer punto de la llamada Contemplación para alcanzar amor, horizonte hermenéutico del proceso interno de los *Ejercicios Espirituales*. ¿Cómo no aludir a «en tiempo de desolación no hacer mudanza», tan citada por políticos y artistas, que sin conocer su procedencia, la atribuyen «al poeta» o «al filósofo». En fin, podemos recordar esta otra del P. Jerónimo Nadal que habla del jesuita como del hombre «*in actione contemplativus*» «contemplativo en la acción», tan ligada al título que hoy nos convoca, en torno a la presencia de Dios en el mundo, en la Historia: «buscar y hallar a Dios en todas las cosas», ver cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la faz de la tierra (*Ej 234*), o «cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender...» (*Ej 235*).

Francisco de Asís ha pasado a la historia de la espiritualidad por su experiencia alegre de la pobreza o por su experiencia de fraternidad universal con toda la Naturaleza. Santo Domingo y su institución por el carisma de la predicación y del poder transmitir a los demás pedagógica y sabiamente lo que se recibía en la oración («*contemplata aliis tradere*»); san Juan de la Cruz por su experiencia de radicalidad, de renuncia absoluta, de no querer nada para así alcanzarlo todo. E, ¿Ignacio de Loyola? ¿por qué razón o carisma podríamos decir que tiene un lugar propio y personal en la riquísima historia de la espiritualidad de Occidente? Algunos estudio-

1 Las abreviaturas que empleamos de las obras de san Ignacio son las siguientes: *Au*: Autobiografía; *Co*: Constituciones de la Compañía de Jesús; *Ej*: Ejercicios Espirituales; *Epp*: *Epistolae*–Cartas. Todas ellas en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1991.

Los dicen que es el Maestro del Discernimiento, con razón; discernimiento quiere decir búsqueda, clarificación... El discernimiento no es tanto un fin, cuanto un medio, una lúcida herramienta para llegar a algo, para alcanzar a Alguien. La «obsesión», con permiso de Ignacio de Loyola, era llegar a Dios, como Juan de la Cruz, «dar a la caza alcance», como Teresa de Jesús, espeleóloga de las moradas del alma, «sólo Dios basta».

Ignacio de Loyola tuvo una profunda convicción que brotó de una experiencia personal que empezó a desplegarse en su interioridad de modo imparable durante aquellos meses de dolorosa convalecencia en Loyola entre 1521 y 1522: para el ser humano es posible *experimentar* a Dios, es posible sentir internamente que Alguien me habita y que dicha habitación consiste en un ensanche a veces incomprendido de mi capacidad de amar: «ya no soy yo, es Cristo que vive en mí». Pero esta vida de Cristo en el corazón, en lo más hondo, no por ello lejano, sino constitutivo, no acontece de forma esporádica, extraordinaria o aleatoria, como si de un súbito rapto se tratase, sino que desde un progresivo proceso de asimilarse, asemejarse a Dios en Cristo por la contemplación llega a ser una manera de vivir, de sentir el mundo, de interpretar «lo-que-pasa». Nada de lo que acontece ha de quedar fuera de la pregunta por la presencia de Dios-ahí, aún como modo de ausentarse.

Desde la Encarnación, Dios en Cristo, ha adquirido un nuevo título: El Mesías, el Señor, el Kiryos, el Salvador... también el *Accesible*. La Encarnación y su prolongación más allá de todo tiempo y espacio y por eso insospechadamente más acá, en la Resurrección, hace de todo instante de la vida del creyente una nueva Galilea donde es posible no sólo acercarse a Él sino entrar en su intimidad para permitir que vaya «cristificando» nuestra existencia.

«A Él en todas (las cosas) amando y a todas en Él». Esta lúcida expresión aparece en el número (288), en la tercera parte de las *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Esta máxima ignaciana cierra un largo y precioso párrafo en el que se exhorta y anima a los escolares o jóvenes jesuitas a mantener durante su larga etapa de estudiantes «la intención recta», buscando solamente en el estudio y en el saber «servir y complacer a la divina Bondad por Sí misma». Para comprender en su ámbito primero esta sentencia leamos las líneas que cierran este párrafo:

«(Los estudiantes jesuitas) sean exhortados a menudo a *buscar en todas las cosas* a Dios nuestro Señor, apartando cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por poner en el Criador dellas, a *Él en todas amando y a todas en Él*, conforme a la su santísima y divina voluntad» (Co 288)².

2 IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones de la Compañía de Jesús, Obras*, BAC, Madrid, 1991, 526.



Esta exhortación se traduce en instrucción cuando el P. Polanco, Secretario en la curia romana, por mandato de Ignacio escribe al P. Brandano en junio de 1551 sobre el tipo de ejercicios espirituales que había de hacer los estudiantes en su vida cotidiana. Dice así:

«Atento el fin del estudio, por el cual no pueden los scholares tener largas meditaciones, allende de los exercitios que tienen para la virtud, que son oír misa cada día, una hora para rezar y examen de conciencia, confesar y comulgar cada ocho días, se pueden exercitar en *buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas* –y glosa los lugares hacia donde orientar este "buscar"– como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina magestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas» y continúa, «esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas es más fácil que no a levantarnos a las cosas divinas más abstractas, y causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sea en breve oración» (*MI, Ep. III, 510*).

Si la invitación es a buscar a Dios, sólo tiene sentido si Dios es encontrable. ¿De dónde nace, y cómo se va gestando esta profunda convicción que va explicitando esta vía de acceso a Dios a través de las «cosas» del mundo?

2. Aproximación carismática

2.1. La experiencia de Ignacio

a. La familiaridad con Dios

El camino hacia esta manera de comprender la propia vocación, esto es, la manera más libre y feliz de estar presente y ser presencia para este mundo, «amando a Dios en todas las cosas y a todas en Él», se apoya de manera esperanzada, tal vez no exenta de algún tinte hagiográfico, sobre la vida del mismo Ignacio. Así, uno de los grandes intérpretes de su mente y de su espíritu, de nuevo el P. Nadal, comentaba:

«Nuestro Padre Ignacio goza de la familiaridad divina en modo privilegiado (...) sentía la presencia de Dios y el gusto de las cosas espirituales en todas las cosas, acciones y conversaciones. Era contemplativo en la acción, lo que él mismo explicaba diciendo que era preciso encontrar a Dios en todas las cosas» (*Nadal IV, 651*).

Y en el Relato de la *Autobiografía*, ya en sus últimas líneas añadió el P. Cámara: «Nunca había tenido consentimiento de pecado mortal, mas aún siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad para encontrar a Dios.

Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios lo encontraba» (Au 99).

Sin duda que esta manera de estar en el mundo, haciendo del propio existir un deseo permanente de vislumbrar o intuir el Rostro del Señor en la historia, es para el creyente, el seguidor de Jesús, (fue para Ignacio) un lento proceso de ir repitiendo (verbo muy ignaciano) y haciendo vida las oraciones de petición presentes en los ejercicios. Estas oraciones van entretejiendo el proceso espiritual del ejercitante y ellas van cosiendo, enlazando con sabiduría, el apasionante mundo interno de mociones y sentimientos que vamos experimentando.

Así, la familiaridad progresiva con Dios van construyéndose desde dos pilares fundamentales:

- En primer lugar desde una lucidez con la interna recta orientación de mis capacidades y potencias. Los *Ejercicios* insisten obsesivamente al comienzo de cada ejercicio: «que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad» (Ex 46).
- En segundo lugar la contemplación de la persona de Jesús, según la petición tan repetida en la segunda y tercera semanas: «Conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre para que más le ame y le siga» (Ex 104). El ejercitante, por un lento proceso de ósmosis mística, con frecuencia para él/ella mismo imperceptible o no consciente, va integrando los efectos imparables de la contemplación, un lento asimilar el modo de Jesús de estar en el mundo.

Así, intención recta, conocimiento de Cristo y un amor que se traduce en seguimiento, pueden ser considerados como elementos metodológicos válidos para ir «descubriendo (siempre en gerundio) a Dios en todas las cosas».

b. La experiencia del Cardoner

Además de esta experiencia de oración cotidiana que con el tiempo irá configurando un modelo antropológico más imagen y más semejante a Jesús de Nazaret, es necesario que nos detengamos en otra experiencia, esta sí «extra-ordinaria», que marcó el itinerario místico de Ignacio, lo que en los círculos ignacianos se conoce como la experiencia o la «Ilustración» del Cardoner, por haber acontecido, precisamente, a orillas de este pequeño río a su paso por la ciudad de Manresa. El relato de la *Autobiografía* dice así.



«Y estando allí sentado (con la cara hacia el río), se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y letras; y esto con una ilustración tan grande que le *parecían todas las cosas nuevas*» (Au 30).

La trascendencia de este momento fue notable, pues continúa el relato «hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las reúna todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola». Se trató, sin duda, en palabras de Maslow, de una «*peak experience*»³ o «experiencia cumbre».

¿Fue este el comienzo de una nueva manera para Ignacio de relacionarse con el mundo, viendo todas las cosas nuevas? ¿El momento de una segunda conversión? La experiencia a orillas del Cardoner fue sin duda una experiencia mística de Ignacio, de apertura hacia el Misterio, o, más bien, de un emerger en él el Misterio que habría de ir configurando esto que después deviene en carisma.

Como venimos viendo, el Cardoner no consistió para Ignacio en una experiencia de carácter extático, de abandono en alguna medida de este tiempo o esta historia, como bien puede acontecer en los estados de éxtasis, raptos o vuelos místicos que tan preciosamente se describen en las últimas moradas teresianas o las últimas estrofas del *Cántico espiritual* o de la *Noche oscura* sanjuanista. Al contrario, la novedad y la energía de este momento del Cardoner se centra en las cosas, en la mirada nueva sobre las cosas que hacen de las cosas, las de siempre, las cotidianas y familiares cosas, cosas nuevas. Ese es el don del Espíritu, hacer las cosas nuevas («... y renovarás la faz de la tierra») manteniéndolas tal y como son, el don ya presente en las mismas cosas pero que requiere de un «entendimiento nuevo» que sea capaz de empatizar con esa dimensión novedosa, digamos espiritual o mística de lo real, de lo ya dado.

Algo de esta experiencia compartiría más tarde con Francisco de Borja: «Las personas, saliendo de sí y entrando en su Criador y Señor (...) sienten cómo todo nuestro bien eterno está en todas las cosas criadas» y más adelante «a los que enteramente aman al Señor todas las cosas les ayudan y todas les favorecen para más allegar y unir con caridad intensa con su mismo Criador y Señor» (Ep I, 339 – 340).

3 MASLOW, A., *El hombre autorrealizado*, Kairós, Barcelona, 1993.

Lo que el Espíritu Santo nos regaló a cada uno de nosotros hacia finales de agosto de 1522, a orillas del Cardoner y a través de la persona de Ignacio, fue la posibilidad latente en cada corazón humano de contemplar lo real en la hondura de su sentido; la posibilidad de peregrinar hacia el amor depositado en cada cosa, como elemento que le otorga identidad por el hecho de ser criatura como yo. Favorecer el despliegue de esta experiencia en el espacio y en el tiempo hasta acogerla en nuestro interior implica experimentar-se primero uno a sí mismo como criatura, esto es como alguien para quien vivir consiste en un continuo referirse al Creador, en hacer un uso y un ejercicio de la libertad para que todas mis intenciones acciones y operaciones estén rectamente ordenadas en servicio y alabanza (términos ignacianos para aludir al amor) de su Divina Majestad. Es lo que algún autor ha llamado «la familiaridad con Dios» como la peculiar manera de estar en el mundo «al estilo ignaciano», confraternizando con él, hermanándolo.

2.2. La gracia compartida

Este era el don, la gracia que al mismo tiempo Ignacio deseaba para toda la naciente institución que le tocó liderar en sus orígenes, la Compañía de Jesús. Para Jerónimo Nadal, tal vez el primer intérprete teólogo de san Ignacio, en esta experiencia del Cardoner estaba «la razón de todo el Instituto de la Compañía» (en su carisma, claro, no en su estructura jurídica).

Ahora bien, sustentando, fundamentando las novedades externas del nuevo grupo en la Iglesia (ausencia del rezo de coro en común, ausencia de prácticas ascéticas o devociones comunitarias, voto de obediencia al Papa)⁴ y otorgándoles así su sentido más hondo aparece una interna que brota de la experiencia de los ejercicios, que vino a dar identidad teológica y religiosa al grupo: una espiritualidad para el mundo, un «carisma mundano» que tiene como horizonte buscar y (¡qué atrevimiento!) hallar a Dios en el corazón de lo real. Este carisma que los primeros compañeros interpretaron como un don del Espíritu Santo venía a ofrecer una nueva alternativa entre las ya existentes, como la máxima dominica «*contemplata aliis tradere*», que establecía un límite al menos cronológico entre el silencioso momento de la contemplación como privilegiada presencia de Dios y un segundo momento centrado en el actuar en la historia aportando lo que en la contemplación ya se había recibido. Se separaba por otra parte de un radical y místico desapego a las cosas que aportó la reforma de Francisco y se distanciaba irremediabilmente de una concepción de la vida religiosa como «*fuga mun-*

4 Puede verse: OLIVARES, ESTANISLAO, «Aportación de la Compañía de Jesús a la vida religiosa en su época» (I y II), *Manresa* 56 (1984) 229-259 y 345-364.



di» de la tradicionalmente entendida como «vida contemplativa» y su «*ora et labora*» como eje integrador, simbólico de su razón de ser.

3. Reflexión teológica

Con este trasfondo histórico, tan sucintamente perfilado, vamos a intentar ahora extraer algunas reflexiones teológicas que nos ayuden a adentrarnos hoy en la propuesta ignaciana y su particular manera de comprender la experiencia de Dios. Para ello tres conceptos estarán sobre el telar de nuestro discurso: *Él –Dios– todas y cosas*. El amor en gerundio es el mismo «telar» en el que los términos se van entretejiendo.

3.1. Dios en el mundo, un Dios accesible

Orar con los acontecimientos de cada día (creer de una u otra manera que Dios está en todas las cosas, que en todas podemos amarle y que un modo de amarnos Dios es a través del mundo) apela a la fe del creyente que no sólo cree en Dios, sino también en el mundo, y en este reconocemos una potencia positiva para acceder al Misterio. ¿En qué consiste esta accesibilidad de Dios que se nos ofrece en el mundo?

a. Dios es accesible por ser Infinita Bondad

Dios se hace presente por el perdón. Si seguimos la propuesta mistagógica (propuesta para adentrarse en el Misterio) presente en los *Ejercicios*, el primer rasgo de la identidad divina que descubrimos ante la limitación impuesta por nuestro pecado es la Bondad Infinita como puerta al amor. Efectivamente, Ignacio en el proceso de meditación y contemplación del pecado y de sus devastadores efectos (*Ej 58*) insiste en denominar a Dios Bondad Infinita que se hace historia en uno mismo a través del perdón y de la salvación del sinsentido, del absurdo y del infierno del pecado. Y cuando más adelante propone la llamada «Meditación del Reino» (*Ej 91–100*) en la que le invita al seguimiento generoso y desprendido de Jesús, sitúa al ejercitante, curiosamente, delante de Dios, bajo la advocación de «bondad infinita», al poner en boca del ejercitante: «con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra madre gloriosa...»⁵ (*Ej 98*). Que Dios sea Bondad Infinita y que el hombre asimile en su experiencia religiosa este dato fundamental que sirve de respuesta veraz a la pregunta «¿quién es Dios?» implica reconocer la presencia de una puerta siempre abierta, un cauce de posibilidad a la fe en los contextos

5 «Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada [...] imitaros en pasar toda injuria y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual...» [*Ex 98*].

de nuestra vida en los cuales la tentación se nos presente bajo capa de miedo, angustia, cansancio o desconfianza. La infinita bondad nos recuerda la permanente y necesaria presencia de un «Dios ahí», un estar divino acogiendo y amándolo todo de manera infinita y bondadosa. Es posible mirar el mundo como realidad reconciliada, como abierto irremediadamente a ofrecer y recibir perdón mostrándonos el rostro Bondadoso del Padre. Por el perdón en los acontecimientos de cada día, Dios se nos da.

b. Dios es accesible por su eterno y decidido deseo de «hacer redención»

Es una frase tomada del número 107 de los *Ejercicios*, cuando la Trinidad mira el mundo en toda su complejidad y diversidad: «Unos blancos, otros negros, unos en paz, otros en guerra; unos riendo, otros llorando; unos naciendo, otros muriendo». Y la Trinidad decide: «Hagamos redención». Dios se hace presente por la acción de caridad. Es posible que alguna vez hayamos experimentado la energía tendente hacia el bien que nos habita al realizar, sencillamente, una obra buena. Es la experiencia de la paz interna, del reposo del corazón, de la alegría serena consecuencias insospechadas y gratuitas del obrar bondadoso. Tal vez en alguna ocasión hayamos vivido que el mundo interior de nuestros sentimientos es muy próximo al mundo externo, visible, cuantificable, de nuestro obrar y actuar. Nuestro obrar bueno despierta sentimientos buenos y nuestros sentimientos buenos nos empujan a obrar bien. Hay una correlación muy estrecha, mucho más de lo que pensamos, entre esta vida interna subjetiva de nuestra «fe» y la salida de nosotros mismos por la acción. El todavía poco conocido Pedro Fabro, compañero de Ignacio desde que este llegó a París en 1528, observó con su habitual delicadeza:

«Ese mismo día –cuenta en su diario un 4 de octubre de 1542– pensé mucho en la manera de orar y de obrar bien y cómo, en alguna manera, los deseos que brotan de la oración preparan el camino y disponen para el bien obrar; y al contrario, las buenas obras llevan a los buenos deseos. Noté y sentí claramente que quien busca con espíritu a Dios en las buenas obras lo encuentra mejor después en la oración que si hiciese lo contrario que es más frecuente: buscarlo primero en la oración y después en las obras. Quien busca y encuentra el Espíritu de Cristo en las buenas obras aprovechas más sólidamente que quien sólo lo busca en la oración. Y esto es así porque quien encuentra a Cristo en las obras y en la oración es como si lo tuviera en efecto y en afecto» (*Memorial*, 126)⁶.

6 FABRO, P., *En el corazón de la Reforma. Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro*, M-ST, Bilbao – Santander 2000, 183 – 184. Comentario en GARCÍA DE CASTRO, J., *Pedro Fabro, La*

Fabro asimiló pronto el carisma de Ignacio y esta relación tan estrecha de un mutuo alimentarse entre la obra y la oración, la acción y su relación con las cosas y la contemplación. Nadal formuló esta vinculación como el «círculo que yo suelo decir que hay en los ministerios de la Compañía». «Y de aquí resulta aumento de nuestra perfección, porque no es aumento orar, sin más hacer ni aprovechar al prójimo y ganar las ánimas que se pierden. Porque nuestra perfección anda en círculo; y es con tener perfección de oración y ejercicios espirituales y ayudar al prójimo, y luego con ello adquirir más perfección en la oración para más ayudar al prójimo»⁷.

Así, toda la actividad es en Cristo, en un movimiento cíclico que pasa del espíritu al corazón y del corazón a la práctica, para volver de la práctica al corazón y del corazón al espíritu, haciendo de nosotros contemplativos en la acción⁸.

Pues bien, esta dinámica del corazón humano es imagen y semejanza de aquello que ocurre en el corazón de Dios. Esta bondad de Dios no sólo se da en su interior; no constituye sólo un rasgo definidor de la Trinidad, como si de algo subjetivo o intratrinitario se tratase y que al estar en Dios ha de ser imitado por los hombres. No, la Bondad de Dios es eficaz, sale de sí misma para ofrecer y hacer salvación (*Ex* 102)⁹. Esto nos lo muestra la Encarnación, el «Hagamos redención» que pone Ignacio en boca de la Trinidad cuando esta contempla maternalmente el mundo. Este «hacer» de Dios lo retomará Ignacio en el pórtico de la CAA: «El amor se debe poner más en las "obras" que en las palabras» (*Ex* 230). «Hacer redención» es la expresión más honda del deseo de Dios de hacerse el encontradizo con el hombre y en ese encuentro mostrase eficaz, «ayudarle». Que Dios se haya hecho hombre es el modo último de que Dios dispone para ayudarnos. No tiene otro mejor. Dios no se ha reservado nada que no nos haya dado en Cristo-hombre. Por esto es Bueno, Bondad Infinita, y por esto Jesús responde al curioso buscador «sólo Dios es Bueno». Dios en su manera de dar cauce a su bondad no pudo ni puede ir más lejos que dándose en Cristo. Por eso es y no puede ser menos que accesible.

cuarta dimensión. Orar y vivir, Sal Terrae, Santander 2006.

7 *Pláticas espirituales*, «Cuarta Exhortatio», 71-77, 75.

8 Cf. NADAL, J., *Monumenta Natalis*, V, 327.329; KOLVENBACH, P.H., *Decir ... al Indecible. Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, M-ST, Bilbao-Santander, 1999, 166.

9 «Las tres personas divinas miraban la planicie o redondez de todo el mundo, llena de hombres y cómo, *viendo* que todos descendían al infierno, se *determina* en la su eternidad que la segunda persona se *haga* hombre» [*Ex* 102]; y más adelante se propone también al ejercitante «oír lo que dicen las tres personas, es a saber Hagamos redención del género humano» [*Ex* 107].

Juan de la Cruz lo expresó tan bella como profundamente:

«Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar (...). Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar (...) ya lo ha hablado en Él todo –e insiste– porque Él es toda mi locución y respuesta y es toda mi visión y toda mi revelación» (2S, 22.5).

Toda la vida de Jesús en Galilea no fue otra cosa que el despliegue en el tiempo de esta decisión primordial de Dios de darse.

c. Dios es accesible porque ha padecido y padece

Dios se hace presente asumiendo el dolor. Es la veracidad del amor. La vida nos habrá ido enseñando también a nosotros en algún rincón de nuestra historia cómo la manera como integramos y vivimos el dolor propio o ajeno es índice del amor que nos vincula. Dios padece en Jesús amando; la presencia de Jesús en la Cruz es la revelación mayor de las posibles de lo más característico de sí mismo, que es amar. Todas las cosas que la Trinidad contemplaba maternalmente desde «arriba» adquieren su más alto grado de redención en la Cruz de Cristo. Cristo en Cruz revela la *eficacia* (en infinita pasión) del amor de Dios por su mundo. La cruz revela hasta qué punto Dios se ha vinculado con su mundo y lo sigue viviendo como «suyo» desde la propiedad que otorga el amor, propiedad constitutiva: lo que amamos nos constituye, lo experimentamos como una parte de nosotros mismos en mayor o menor medida según sea la intensidad del amor.

Pero hay otra característica de este amor crucificado. Siguiendo el esquema descendente que Pablo nos describe en *Filipenses* (2, 6-9)¹⁰, al tocar fondo en su manera de estar presente en el mundo amando pasivamente en la Cruz, Jesús revela el dato divino de que nada de lo real ha caído fuera del amor de Dios. Todo ha quedado asumido en Cristo, todo ha quedado recapitulado en Cristo, nada puede hacerse presente en el mundo sin estar vocacionado en la radicalidad última y absoluta de su ser al amor de Dios *hecho* salvación para el mundo. En la experiencia pascual de Jesús nada queda fuera de la posibilidad de salvación. Mucho más que mostrarse solidario con el dolor, Cristo está en sus entrañas configurado por el sufrimiento. El autor de la carta a los Hebreos así lo comprendió: «(Cristo) puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados por

10 «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombre, y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz».

estar también él envuelto en flaqueza» (*Hb* 5, 3). O en palabras de Teilhard: «En virtud de la Resurrección nada hay que mate necesariamente, sino que todo en nuestras vidas es susceptible de convertirse en contacto bendito de las Manos divinas y en bendita influencia de la Voluntad de Dios»¹¹.

Por si todavía podíamos pensar en algo que pudiera quedar al margen de este tremendo deseo de Dios por hacer eficaz su Bondad, podemos recordar el descenso de Jesús a los infiernos. Esta afirmación que pronunciamos como parte de nuestra confesión de fe en el Credo dominical viene a completar la expresión «todas las cosas», hasta las ya dadas por pérdidas e irreuperables remota y absolutamente. El alcance semántico, el significado del «todas las cosas», va más allá de lo que nosotros podamos alcanzar y entender, con nuestro juicio y entendimiento que por propia metodología cognitiva necesita delimitar los objetos que se le ofrecen para ser conocidos.

Hace unos años, tuve la oportunidad de formar parte de un pequeño equipo de tres personas del JRS (Servicio Jesuita a Refugiados). Éramos una religiosa belga, un laico español y yo. El proyecto que nos asignaron consistía en rehabilitar un hospital destruido hacía casi 4 años por la guerra interna en el corazón del norte del Congo, en plena selva, a 25 horas de canoa remontando el río Maringa, afluente de un afluente del enorme río Congo, el segundo del mundo en caudal después del Amazonas. Nuestra casa estaba situada a unos 500 metros de lo que convenimos en llamar «hospital». Cada mañana, temprano, poco después de la salida del sol, ya sudando, con mis sandalias y mi sombrero de paja echaba a andar camino del hospital. Cada día, con el sol de frente venía a mi memoria, sin yo buscarla, esta frase del Credo «y descendió a los infiernos». El panorama no podía ser más desolador: sida, malaria, dengue, tripanosomiasis, desnutrición infantil alarmante, infecciones de piel de todo tipo... y todo ello en unas condiciones higiénicas, materiales... desoladoras. De vuelta al caer de la tarde, con un inexplicable sentimiento de consolación, contra el que alguna vez me rebelé, un pacífico susurro emergía en mi memoria: «El Espíritu ha trabajado, hemos hecho redención».

El deseo y la intención de Dios es no dejar nada sin redimir porque por Él «todo fue hecho». «Todas las cosas» se refiere a todo lo ya realizado, ya acabado, eso que en gramática llamamos pretérito perfecto y que para nosotros en cuando que seres en el tiempo no tiene más posibilidad, ha pasado y ha pasado así; se refiere también a toda cosa y circunstancia presente en las cuales nos movemos cada día y nos reclama desde la necesidad a ve-

11 TEILHARD DE CHARDIN, P., *Escritos esenciales*, (Ursula King, ed.), Sal Terrae, Santander, 2001, 90.

ces angustiosa de tener que decidir constantemente; y se refiere también a lo todavía no hecho historia en nosotros pero presente como posibilidad.

«Más confusamente, Señor, pero a todos sin excepción, evoco a aquellos cuya multitud anónima constituye la masa innumerable de los vivientes; a aquellos que me rodean y me soportan sin que yo les conozca; a los que viven y los que se van; a aquellos sobre todo, que, en la verdad o a través del error, en su despacho, en su laboratorio o en su fábrica creen en el progreso de las cosas y persiguen apasionadamente hoy en día la luz»¹².

d. Dios es accesible en todas las cosas porque trabaja en todas las cosas

Dios es interpretación posible de toda actividad. Ascendido a los cielos, el Resucitado ha plenificado el tiempo y el espacio y por eso está entre nosotros, en su mundo, de manera nueva. En Él reconocemos en primer lugar el trabajo de Dios por mí, por nosotros. Pero ¿qué entendemos por trabajo de Dios?¹³.

Reconocemos como trabajo de Dios esta emergencia libre y amorosa del Espíritu en lo hondo del corazón que nos hace experimentar lo enorme y lo sagrado de ser nada más y nada menos que «ser humano», ser criatura. Encontrar a Dios en los acontecimientos de cada día presupone el primer y fundamental acontecimiento de la vida que es «mi vida». Abrirme a la búsqueda e interpretación del mundo como lugar de experiencia religiosa me implica a mí en primer e irrenunciable lugar. Yo soy el primer acontecimiento –acontecer princeps o radial– para mí mismo, donde Dios se me da como presencia. San Ignacio intuyó este presupuesto, cuando en la ya aludida contemplación para alcanzar amor comenta: «mirar cómo Dios habita (...) en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender, haciendo templo de mí» (Ej 235) y también «cuánto Dios ha hecho por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene y en consecuencia cuánto el mismo Señor desee dárseme en cuanto puede» (Ej 234). Dios es ante todo Presencia para mí mismo, soy su criatura, creado a su imagen y semejanza.

12 TEILHARD DE CHARDIN, P., «La Misa sobre el Mundo», *Himno del Universo*, Trotta, Madrid, 27-28.

13 El término *trabajo* poseía en el s. XVI una connotación que para nosotros ya no es transparente: *Trabajar* procede del latín *Tripaliare* «torturar», derivado de *Tripalium* de *tres* y *palus*, por los tres maderos que formaban dicho instrumento. En castellano antiguo y aún hoy conserva el sentido de sufrimiento, dolor, pena, y de la idea de sufrir pasó a la de «esforzarse» y «laborar». Se relaciona con «esfuerzo, sudor, empeño, penalidad». (Cf. COROMINAS, J. y PASCUAL J.A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (6 vols.) Gredos, Madrid 1991, vol. 5, 571-572. «No hay atajo sin trabajo» y «Trabajarse, afligirse y congojarse» (COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana* (1611), Altafulla, Barcelona 1987, 971.

Reconocemos también como trabajo de Dios el instante de lucidez en que podemos intuir y gustar la armonía de todo lo real; instantes en que podemos afirmar que hemos gustado la bondad presente en el mundo como participación de la Bondad Infinita que todo lo sustenta callada y fiel, incondicional y absolutamente. Dios trabaja asimilándome, haciéndome «sentir y gustar» la identidad verdadera de lo que es cuando la percepción capta el amor implícito en la creación. Es en este punto muy ilustrativa la conocida como «epifanía de Louisville» de Thomas Merton en *Conjeturas de un espectador culpable*:

«En Louisville, en la esquina de la Cuarta y Walnut, en medio del barrio comercial, de repente me abrumó darme cuenta de que amaba a toda esa gente, de que todos eran míos y yo de ellos (...), fue como despertar de un sueño de separación» y tras unas breves líneas sobre su propia vocación continúa Merton: «Fue como si de repente viera la profunda belleza de sus corazones, las profundidades donde no puede llegar ni el pecado, ni el deseo, ni el conocimiento de sí mismo (...). En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no está tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece a Dios enteramente (...). Ese puntito de nada y de absoluta pobreza es la pura gloria de Dios en nosotros. Es, por así decirlo, su nombre escrito en nosotros, como nuestra pobreza... Está en todos... No tengo programa para esa visión. Se da, solamente. Pero la puerta del cielo está en todas partes».

Reconocemos como trabajo de Dios el momento de sentirse arraigado en este mundo, de descubrirnos como seres-con-sentido, con un lugar digno y adecuado para nosotros desde el que nuestra referencia al Creador emerge feliz y espontáneamente: «Vivir es para mí vivir para Dios». Descubrimos en una existencia con sentido último, teleologizada, que nuestro existir no es una letra perdida, una errata en el texto enorme del Universo y del mundo, sino, al contrario, por el trabajo de Dios-en-mí podemos interpretararnos y autoconocernos como un acorde precioso e irrepetible en la sinfonía de la Creación. Desde la humildad en la que nos sitúa nuestra condición de criaturas, por este trabajo de Dios-en-mí podemos afirmar que cada uno es «experiencia de Dios»; el prójimo, yo en su mirada más honda estamos siendo experiencia fiel y constante necesariamente presente de Dios en nosotros, esto es, una posibilidad para el amor.

Reconocemos, en fin, como trabajo de Dios en nosotros el amor que nos constituye en hermanos de las otras cosas y que descubrimos, precisamente por amadas en el Espíritu, como nuevas cada instante. Trabajar Dios en nosotros es estar en el mundo contemplativamente, esto es, reconociendo el carácter sagrado de lo Real porque hemos experimentado el amor que habita en todo lo que se me ofrece diariamente a mis sentidos.

Dios es y está en nosotros dando vida, generando esperanza, despertando la fe, alentando la caridad... Tal vez junto con el *Cántico a las Criaturas* del hermano Francisco, y los escritos de Teilhard sobre el poder de la materia o la energía del Universo, no encontremos otra interpretación más «teológica» del Universo. El mundo, pues, lejos de ser objeto interesado de apropiación y beneficio, lejos de ser posibilidad de perdición, pecado o sinsentido; lejos también de ser posibilidad para la distancia de Dios, y por tanto razón de «fuga», es descubierto y sentido como lugar sagrado que merece mi adoración y reverencia. El Resucitado lo habita, lo fundamenta. El Resucitado lo ha asumido y amado en lo más hondo de sus entrañas en lo alto del Gólgota. El Mundo, ahora con mayúsculas, lleva la eterna impronta de la Bondad Infinita de Dios

Esto que puede parecerse así formulada una experiencia extraordinaria, es el fundamento de nuestra vocación cristiana. La cualidad con la que hemos sido creados se verifica en la experiencia del amor. Nuestro Dios es un Dios en experiencia, haciendo Él mismo experiencia de amor en el mundo, o, si nos es más fácil invertir la perspectiva, podemos afirmar que el mundo en su dimensión más honda, más veraz, más plena de sentido, en su definición más última y acertada es lugar donde Dios se experimenta a sí mismo. A nosotros, en cuando que llamados, invitados e impelidos por Dios a ser místicos, solamente por haber sido creados a su imagen y semejanza, se nos llama, invita e impele a entrar en esta dinámica de Dios consigo mismo en la historia, en su mundo. Estar en el Mundo es para el contemplativo estar haciendo experiencia de Dios. Esta experiencia no tiene por qué estar directamente relacionada siempre y en toda circunstancia con un estado alegre o consolado del espíritu.

El trabajo de Dios es mi trabajo

Mi acción, lo que yo hago cada día (o dejo de hacer) es sumarse al trabajo de Dios. La acción del cristiano es un hacer pneumatológico, en el Espíritu. Entonces, encontrar a Dios en los acontecimientos de la vida es construir el mundo desde mi acción recta que brota de mi condición de criatura. Lo que hago en su «servicio y alabanza» (no en mi mayor gloria) es experiencia religiosa. El acontecimiento religioso de cada día es también lo que yo voy haciendo, de ahí que el tema del discernimiento sea tan importante en la vida del cristiano: ¿qué debo hacer? ¿*quid agendum*? Para el creyente es posible afirmar: «Dios me sale al encuentro en mi misma acción» porque la reconozco humildemente como trabajo de Dios en mí a favor de mis hermanos. Reconocer que mi acontecimiento es acontecimiento de Dios es más humilde que su contrario, que tiende a mantener



una autonomía del sujeto que le impediría vivir con plenitud su condición de creatura. Es más pobre y despojado, más *kenótico*, vivir en su acción que generando siempre las propias.

«Y así se han de esforzar todos en el Señor, caminando por el estado de oración y vida espiritual, hallar a Dios en todos sus ministerios y operaciones, caminando por la vía de espíritu solamente, acostumbrándose a actuar el espíritu y devoción en *todas* cosas y servirse de las reliquias de la oración y hábito de ella, cuanto sufriera la fragilidad de nuestra natura»¹⁴.

El trabajo de Dios en mí es la gracia del coraje de reconocerle en la contrariedad

Siempre y cuando mi reacción sea siempre otorgadora de bondad. La experiencia de Dios es antes de sentido y de vinculación cristiana con el mundo que de sentimientos personales gratificantes, aunque tampoco tengan por qué excluirse. Rahner formuló la presencia de esta corriente subterránea y poderosa de la gracia en su ya clásico artículo «Sobre la experiencia de la gracia» donde, desde otra perspectiva pero imbuido del carisma ignaciano, nos ofrece una nueva senda de comprensión del amor de y a Dios en todas las cosas:

«¿Nos hemos callado alguna vez, a pesar de las ganas de defendernos, aunque se nos haya tratado injustamente? ¿Hemos perdonado alguna vez, a pesar de no tener por ello ninguna recompensa? ¿Hemos obedecido alguna vez no por necesidad porque de no obedecer hubiéramos tenido disgustos, sino sólo por esa realidad misteriosa, callada inefable que llamamos Dios y su voluntad? (...) ¿Hemos cumplido un deber alguna vez, cuando aparentemente sólo se podía cumplir haciendo una tontería que nadie le agradece a uno? ¿Hemos intentado alguna vez amar a Dios cuando no nos empujaba una ola de entusiasmo sentimental (...) cuando parece que se grita en el vacío como un salto terrible hacia lo sin fondo, cuando todo parece convertirse en inasible y aparentemente absurdo?»¹⁵.

Jesús lo expresó de manera sapiencial, como con frecuencia solía hacer, en la parábola del tesoro escondido (*Mt 13, 44*). El hombre que vende todo y compra el campo vuelve hacia la misma y cotidiana realidad de su vida, el mismo campo, pero de manera nueva, porque ha descubierto su última y preciosa dimensión, aquella que está habitada por el tesoro del amor

14 «Orden de oración. Instrucción que dio el P. Nadal la primera vez que visitó España», *Monumenta Natalis IV*, 670-681, 671, énfasis nuestro.

15 RAHNER, K., «Sobre la experiencia de la gracia», *Escritos de Teología III*, Taurus, Madrid, 1967, 104.

de Dios, su Fundamento, invisible pero presente en todo trasfondo de las cosas cuando por un emerger del Espíritu empiezan a ser contempladas como criaturas. Al propietario del campo, como vimos que le aconteció a Ignacio a orillas del río, se le comenzaron a abrir lo ojos del entendimiento, tuvo su personal «Cardoner» que cambió su manera de contemplar su entorno.

Así, hacer experiencia de Dios, o más bien, que Dios haga experiencia de mí, o, en términos ignacianos, Dios está en mí «haciendo templo de mí» (*Ex* 235), es irremediamente hacer experiencia del mundo, y esto es consolación.

«Cuanto más profundo se te encuentra, Señor, más universal aparece tu influencia. A este respecto podré apreciar en cada momento cuánto me he introducido en ti. Cuando y mientras todas las cosas conserven en torno a mí su sabor y sus contornos, las vea, sin embargo, difundidas, por un alma secreta, en un elemento único, infinitamente cercano e infinitamente alejado; cuando aprisionado en la intimidad celosa de un santuario divino, me veo, sin embargo errando libremente a través del cielo de todas las criaturas, entonces sabré que me acerco al lugar central hacia el que converge el corazón del Mundo en la irradiación descendente del corazón de Dios (...). Toda mi alegría y mis éxitos, toda mi razón de ser y mi gusto por la vida, Dios mío, penden de esa visión fundamental de tu conjunción con el Universo»¹⁶.

4. Prácticas para el reconocimiento del trabajo de Dios

¿Qué pedagogía oracional ofrecer para vincular los acontecimientos de la vida a la experiencia de oración y de intimidad con el Señor? Al comienzo de estas líneas aludíamos a dos modos de orar que pueden contribuir a estrechar y fortalecer este vínculo:

- a. En primer lugar, la contemplación de los Misterios de la Vida de Cristo. Verle a Él, el Contemplativo, norma de todo ejercicio de contemplación, vivifica nuestra oración. El Espíritu de Jesús trabaja en nosotros desplegando nuestra semejanza, haciéndonos más semejantes a Él para estar y ser en el mundo más «cristianos», más como Cristo. Es una oración de carácter imaginativo que superado el primer tiempo de necesaria concentración para adentrarse en el Misterio, luego se vuelve pasiva, porque el Misterio se adentra en nosotros. Es además un modo de orar muy válido para los niños que trabajan con más facilidad con el fluir de la imaginación que

¹⁶ TEILHARD DE CHARDIN, P., *Himno...*, 39 – 40.



con el discurrir del entendimiento. Es claro que con los niños hay que proponer contemplaciones dirigidas, orientando la recreación del Misterio en su imaginación con los puntos suficientes como para que el niño no se pierda.

- b. En segundo lugar, ya aludida también, la *oración de rectitud de intención*. Dios se descubre así en el mundo a quienes lo buscan con sincero corazón. La oración de petición de rectitud de intención contribuye a ordenar todas las dimensiones del sujeto orante hacia el único Horizonte de sentido de la vida, en palabras de Ignacio, en «servicio y alabanza de su divina Majestad». Esta sencilla plegaria, con estas u otras palabras, se repite con mucha frecuencia a lo largo de todos los *Ejercicios* y puede al tiempo convertirse en una repetición silenciosa, a modo de mantra, en la vida cotidiana, para recordarnos allí donde estemos que lo que hacemos o decimos será para gloria de Dios, para el bien de los hermanos. Esta plegaria contribuye a liberarnos de la esclavitud persistente del yo que busca de tantas maneras y por torcidos caminos la gloria de sí mismo.
- c. En tercer lugar, la *oración de examen de conciencia*. Este ejercicio, con frecuencia erróneamente derivado hacia una introspección de marcado carácter moralizante y culpabilizante, pretende orientar la atención de la persona que ora hacia el reconocimiento del paso del Espíritu Santo por su vida a lo largo de la jornada. Ayudar a reconocer, por tanto, la consolación como el lenguaje de Dios más propio con su criatura. Sentir y reconocer (afecto e intelecto) la consolación es interpretar el momento o la acción que estamos realizando como querida y confirmada por Dios. El habituarse a este ejercicio del «examen» es habituarse a la consolación de Dios, un lento ir asumido en su lenguaje, en su manera de comunicarse personal e intransferiblemente con cada uno. «Toda mi alegría» formulaba Teilhard.

Reto para la catequesis hoy es ayudar a la gente a «examinarse» desde su condición de criaturas y por tanto como seres abiertos a recibir a lo largo de la jornada el amor de Dios y a poder interpretarlo como apelaciones hacia nuestra libertad. «Examinarse así» es hacer lecturas evangélicas del tiempo vivido, de reconocer su propia vida, autobiografía como «buena noticia». ¿Qué me está pasando? ¿Qué situación nueva es esta para mí que siento que mi vida se vierte espontánea y afectivamente por el bien del mundo? Si aquello que hemos experimentado sospechamos o intuimos que procede de Dios, antes o después, tal vez muy pronto brote en nosotros el deseo impelente de *trabajar*, de ser asumidos en la dinámica imparable de nuestro Dios que trabaja «siempre», para poder decir felizmente

como Jesús «y yo también trabajo» (Jn 5, 17), si somos así arrebatados, digo, como si una energía involuntaria nos arrastrase a añadir un plus de dignidad al mundo visto como Creación.

Cuando este examen se hace compartido en el contexto oracional y condiciones ambientales apropiados, puede ser llamado ejercicio de revisión de vida. Puede resultar muy eficaz también entre niños y jóvenes que ponen en común sus «personales consolaciones». Con la práctica el grupo puede crecer notablemente en familiaridad con el Señor, en capacidad para ir reconociéndole más y más en lo cotidiano de sus días.

- d. En cuarto lugar, la *conversación*. Hablar con otros sobre lo que alcanzamos a reconocer que Dios hace en nosotros mismos es ya un ejercicio de anagnórisis, de reconocimiento. La palabra pronunciada ilumina la experiencia; al hablar se vuelve más transparente. Esta conversación tiene un contexto privilegiado en la «dirección espiritual» o «acompañamiento espiritual» donde, en diálogo con un compañero de camino, seguidor del Señor como yo, me ayuda a reconocer el paso de Dios por la propia historia en contextos y momentos donde uno mismo no alcanza. De igual forma, la conversación espiritual entre amigos y compañeros, sin que necesariamente tenga que mediar una relación «vertical», puede favorecer el reconocimiento del Espíritu en las trayectorias personales: traducido en palabra, en lo posible, la experiencia se hace más diáfana. La conversación espiritual revierte en beneficio del que comunica, del que escucha (que siempre profundizará y renovará el conocimiento de su interlocutor) y, en consecuencia, en beneficio también de la comunidad.

Conclusión

Nuestra fe nos anima a creer en un Dios personal que nos sondea y conoce, que de lejos cala nuestros pensamientos, que sabe cuándo nos sentamos y levantamos. Este ser así de Dios nos anima a creer, por tanto, que Dios es accesible, que podemos acceder a él por varios caminos, mucho más de lo que a veces sospechamos, pues si subimos a lo alto del cielo allí le encontramos y si descendemos a lo profundo del abismo allí está Él (Salmo 22). Reconocer el encuentro con Dios en nuestro interior nos lleva a reconocerle como Señor de mi vida, pero también de mi mundo, que es siempre y antes «su» mundo, su creación. Dios-Mundo-Yo son por lo tanto los vértices de un triángulo que en la medida en que más oramos más se van acercando. Dios en mí me lleva al Mundo; y Yo en el Mundo me lleva a Dios; y el Mundo en Dios me lleva más a mí mismo.



Si hemos experimentado este viaje a la hondura de nuestro ser, a la profundidad del amor que nos habita y donde Dios establece sus citas con nosotros, si hemos acudido allí alguna vez guiados por la confianza de su voz reconocida, habremos experimentado al mismo tiempo la empatía con un mundo que lleva dentro de sí su Sentido y Razón últimos, que habita en él el peso y el centro de gravedad de su existir pero que, paradójicamente, siendo tan íntimo y tan propio, no le pertenece. La circularidad arriba aludida del beato Fabro o de Jerónimo Nadal tiene vocación de repetirse en todo creyente. Todo refiere a Dios desde lo más hondo de uno mismo, es la experiencia de descubrirse «más yo que yo mismo», sentir que el mundo es más de lo que se me aparece en la lectura plana que se me da desvinculada de su Criador y Señor, un continuo dar más y más de sí, porque, en palabras del P. Pedro Arrupe, es «Cristo quien nos interpela desde toda la Creación, desde todos los hombres –y todas las cosas– y desde ellos y ellas ama y en ellos desea ser amado y servido»¹⁷.

17 ARRUPÉ, P., «El modo nuestro de proceder», *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander, 1981, 62.